

# Entrevista a don Manuel Sales Cepeda, 1908\*

*¿Qué opina Ud. sobre el papel que debe desempeñar la literatura en la civilización contemporánea?*

En mi sentir, la literatura actual, quiero decir, el arte contemporáneo, debe ser siempre tendencioso, trascendental o docente, para mejor cumplir su hermoso destino. Sin duda que el arte tiene su finalidad propia, que es la belleza; pero si, además, sabe dejar en los espíritus un sedimento de provechosa filosofía, un aliento de perfectibilidad o una saludable enseñanza, llenará su misión más notablemente. El solo *arte por el arte* es tan estéril o infecundo como *el amor por el amor* netamente. Por eso no responde ya al *desideratum* presente "la Musa que se mira en la fuente Castalia y tan sólo se enamora a sí misma, como Narciso." El arte moderno quiere ser social, ante todo, y de tesis; quiere reproducir o reflejar intensamente la vida; quiere ser claro espejo de la humanidad, con todas sus grandezas y miserias, con sus heroísmos sublimes y sus bajas cobardías; con sus nobles entusiasmos y sus pasiones mezquinas; con sus impulsos filantrópicos y sus ruines egoísmos; con sus ideales de libertad y sus despotismos odiosos; con sus arrestos igualitarios y sus instintos esclavistas; con sus anhelos de confraternidad y sus luchas fratricidas; con sus alardes de tolerancia en fin, y de libre pensamiento, y sus preocupaciones incommovibles y sus menguados fanatismos. En suma, la literatura contemporánea aspira a ser una cristalización perdurable de la vida, del alma, del genio de nuestra época, o sea, la psicología palpitante gráfica, concienzuda de la actual generación. Así, pues, yo pienso que en el actual momento histórico el arte que no se ponga al servicio de los grandes *desiderata* de la humanidad; el arte que no refleje el estado de conciencia de la sociedad; el que no difunda elevados sentimientos y fecundas ideas; el que no aborde o plantee los magnos problemas de la vida moderna y del progreso: el arte, en fin, que no se inspire en los grandes ideales sociológicos del presente; que no clame o abogue generoso por la redención

*Manuel Sales Cepeda* (1854-1924). Literato e ingeniero. Nació en el mar, frente a Yucatán y vivió en Motul. Maestro de renombre, director del Instituto Literario y autor de varios libros de poesía *Estudios estéticos*, 1891; *De ayer y de hoy*, 1909, y obras de teatro (*Entre infamias*).

\* Cuestionario propuesto al autor por el *Diario Yucateco* en una "enquete" literaria que en 1908 abrió este periódico entre los escritores del país.

de todos los parias, de todos los desheredados, de todos los oprimidos de hoy en día; el arte, decimos, en que no se sienta palpitar con fuerza el gran corazón del siglo, y que no refleje, y no encarne, las titánicas luchas y convulsiones tremendas de la sublime epopeya del trabajo, —entendiendo que está muy lejos de desempeñar el serio papel a que está destinado en la civilización contemporánea.

*¿Qué piensa Ud. acerca de los rasgos distintivos del actual movimiento literario universal?*

El arte de nuestros días es esencialmente revolucionario.

La literatura mundial de la actualidad, a mi ver, está prácticamente caracterizada por el predominio absoluto del individualismo en el arte. Tal parece que han desaparecido las escuelas literarias, y que el ideal de todo escritor hoy día —y del poeta sobre todo— consiste en no imitar a nadie y en mostrarse lo más excéntrico y original que se pueda, aun a riesgo de volverse extravagante y ridículo.

La imitación perfecta del modelo consagrado; la fiel sujeción al canon de la escuela; el principio de autoridad en el arte; la fórmula tradicional, el preceptismo estético inmutable todo eso parece haber pasado ya a la Historia.

¡Oh, la evolución! Hubo un tiempo, cuyo crepúsculo pudo alcanzar,



en que la aspiración suprema del artista, su ideal ensoñado y perseguido, consistía en imitar, lo más fielmente posible, a los grandes maestros, a los autores clásicos. Entonces, el mejor poeta era el que más servilmente se ajustaba a aquellos moldes consagrados, que eran su única devoción, su solo culto. Y no le importaba nada que aquel dogmatismo rígido ahogase de algún modo su personalidad y su genio, y acortando el vuelo de su fantasía le impidiese dar rienda suelta al alado Pegaso de la inspiración.

Ahora, acontece todo lo contrario. El modernismo reinante se ha ido al polo diametralmente opuesto. Reina, al presente, una completa anarquía literaria, si es que la anarquía reinar puede. Hoy, se delira por la originalidad, sobre todo; y el artista debe ser, antes que nada, personal o genial. No tener filiación alguna, es lo primero. ¡Ay del poeta que se atreva a imitar a otro! Incurrir en pecado mortal y es motejado y estigmatizado. Hoy está prohibido usar modelos. La imitación es, ahora, acaso más mal mirada que el plagio, y más perseguida todavía. Hay superstición por lo raro, por lo rebuscado, por lo novedoso. Hay furor por alcanzar a cualquier costa un sello de originalidad. De ahí que los artistas de hoy tiendan con preferencia al intimismo. Y de ahí también el imperio actual, que decíamos, del individualismo literario, que parécenos ser la nota dominante en el arte moderno.

*¿Su opinión sobre nuestra literatura local presente y sus tendencias?*

¿Literatura local, propiamente dicha?... No la tenemos ahora. Nuestra literatura de hoy en día tiende de una manera abierta al exotismo, apartándose completamente de la senda que trazaran al arte regional D. Justo Sierra, D. Eligio Ancona y sus demás fundadores beneméritos.

Esos inolvidables escritores se habían penetrado bien de que Yucatán (célebre por sus ruinas, y al presente, más que nunca) es una región privilegiada, que teniendo historia propia, y tradiciones y costumbres muy típicas y muy suyas —que constituyen un venero inagotable para las evocaciones mágicas del arte— podía también tener una literatura propia, de sabor exclusivamente local, que embelleciese y guardase nuestro legendario pasado. Y como lo pensaron, lo hicieron aquellos esforzados varones; e inspirándose tan sólo en nuestros históricos recuerdos y en nuestra vida de provincia, supieron legarnos obras notables, que, si bien se resienten a veces de alguna incorrección, constituyen, por otro concepto, verdaderos monumentos de arte regional, dignos de admiración y de aplauso.

Mas, al presente, ese espíritu de regionalismo se ha extinguido en nuestra literatura. Apenas si tal o cual escritor de ahora, con heroísmo notorio, revive



de cuando en cuando, y de una manera fugitiva, aquel arte, explotando con éxito nuestras tradiciones locales. Pero en lo general, lo repetimos, la literatura genuinamente regional, no se cultiva hoy en día. Ya no tenemos escritores propiamente yucatecos. Hoy, todos somos, por decirlo así, literatos *extranjeros*, nacidos en Yucatán.

¿Será esto un signo de progreso o de decadencia entre nosotros? ¿A qué ha podido obedecer esa nueva orientación de nuestras letras? Obedecerá a la triste convicción de que un arte puramente regional no ofrece porvenir alguno halagüeño para el escritor peninsular? ¿A qué inspirarnos exclusivamente en nuestra naturaleza, ni en nuestras costumbres, ni en nuestra historia, si las creaciones que de tales fuentes broten no han de interesar sino a los lectores de esta provincia, de población hartamente escasa (con un analfabetismo de un ochenta por ciento) y sí, por tanto, cualquier éxito que se obtenga, o cualquiera gloria que se alcance no pasará de las playas de Progreso? O bien, ¿obedecerá la actual evolución de nuestra literatura a otra convicción más triste todavía, e hija del avance mismo de la ilustración peninsular, a saber: la convicción de nuestra impotencia para crear un arte original nuestro, que pueda parangonarse con el que procede de otros países más cultos, y lo bastante intenso para encarnar la típica psicología de nuestra raza, que es el más grande provecho que resulta de todo arte regional?

Al menos, ésta es la creencia que priva en los más de nuestros críticos mexicanos, escépticos casi todos de la conquista de un arte nacional puro, y defensores, por tanto, del cosmopolitismo literario. Oigamos, si no cómo opina sobre este punto un conspicuo escritor mexicano:

"Es en vano que, ofuscados por nuestro ardiente patriotismo, alimentemos ilusiones de independencia literaria y nos supongamos una personalidad fantástica. Menores de edad son las letras patrias; hijas legítimas de la lengua madre son todas nuestras creaciones, concebidas por obra del santo espíritu francés, inspirador y ascendiente directo, más o menos cercano, no sólo de nuestros pensamientos, sino de la mayor y mejor parte del pensamiento universal contemporáneo.

"En achaques de gay saber, aún somos esclavos de la madre Europa, ligados a ella con las dobles y recias cadenas de idioma y de la instrucción puramente francesa que recibimos y que modela perdurablemente nuestros intelectos.

"Lo mismo que al iniciarse nuestra patria emancipación, muchos escritores nacionales, héroes del Arte, han hecho intentonas de rebelión, algunas felicísimas; pero si la autonomía política de México fue un hecho posible y espléndidamente justificado por el notorio progreso del país, la intelectual es una utopía.

"Pasó, para no volver, el periodo sociológico en que el aislamiento de los pueblos, cristalizando los caracteres, desde la religión hasta el traje, en formas fijas estrictamente regionales, daba a las obras de arte —expresión del carácter nacional— un sello revelador, indeleble, del medio y de la época, cuyo reflejo eran.

"El cosmopolitismo es ley moderna e ineludible, que, mientras logra borrar en los mapas las fronteras, saborea el triunfo de haberlas derribado ya a medias, en las leyes, en la moral, en el arte y en casi todas las manifestaciones de la conciencia y del pensamiento de la humanidad...

"En el movimiento literario de la época, el arte nacional, es cual modesto pasajero, transeúnte de los mares en inmenso bajel trasatlántico, y que con sus paseos sobre cubierta, ni cambia de rumbo, ni les es dado modificar la marcha inflexible de la potente nave que lo arrastra consigo fatalmente..."

Tal es ya, poco más o menos, el sentir de nuestros coterráneos en cuestiones de arte regional.

*¿Cuáles son las obras literarias últimamente publicadas que más han llamado su atención, y las razones de esto?*

Las de Vicente Blasco Ibáñez, prócer ilustre de las letras castellanas, a quien tengo por el ingenio de actualidad mejor equilibrado y de más grandes alientos.

Ninguna figura literaria del momento (en España, al menos) nos parece más colosal que la suya. Blasco Ibáñez es indudablemente un raro fenómeno, que ha realizado el ideal del caballero de la pluma, quien ha de blandir, según el crítico, "una espada florecida de arabescos, pero espada con filo". Blasco Ibáñez es, además de un novelista excelso, con razón apellidado el Zola hispano, un tributo eminente, un polemista insigne, y en fin, un escritor de combate, atrevido y viril, un apóstol fervoroso, un paladín infatigable de la libertad, de la justicia y del progreso, todo abnegación y altruismo, que, sin arredrarle un instante las amenazas ni las persecuciones, ha desafiado a menudo las iras del retroceso, anonadándolo con el poder de su verbo, coronando con el triunfo sus generosos ideales.

En su campo predilecto, como decíamos, Blasco Ibáñez compite ya con el pontífice supremo del naturalismo francés; y si lo admiramos justamente como diestro novelador regional, gráfico costumbrista y paisajista insuperable, asómbraos más aún como hábil pintor de tipos y usanzas cosmopolitas; y sobre todo, como genio soberano de la novela filosófico-social, eminentemente tendenciosa y revolucionaria, y hasta demoleadora, y anarquista. Díganlo, si no, esas obras maestras del género que se llaman *El intruso*, *La bodega*, y como



la reina de todas, *La Catedral*, de la cual se ha dicho bien que es "una novela tallada en mármol y bronce, y fuerte, firme, majestuosa, son toda la grandeza de su inmensa mole." Tales son los títulos del glorioso valenciano a nuestra devota admiración.

*¿Qué autor contemporáneo habría Ud. deseado leer, y qué obra habría Ud. deseado escribir?*

Son más de uno los escritores de actualidad que despiertan mi entusiasmo. Desearía yo, v. g., ser un *chroniqueur* como Enrique Gómez Carrillo, que me seduce por su donaire y su *chic* en producir; un *conteur* como Catulle Mendès que me cautiva por su espiritual simbolismo, y un novelador tan intenso como Blasco Ibáñez, por quien antes ya manifesté mi admiración preferente.

De las obras de este ingenio, yo hubiera deseado escribir *Sónnica*, novela arqueológica primorosa, en que Blasco Ibáñez vuelve los ojos a la primitiva Iberia y evoca su alma, su espíritu, su vida; y reconstruye su pretérito existir, coronando aquella mágica resurrección con un cuadro grandioso y sublime, con una pintura soberana de inspiración y colorido, de la última noche de Sagunto la Heroica. *Sónnica* no es, sin duda, la mejor obra de su autor; pero tiene para mí un singular encanto, que me hace preferirla a la famosa *¿Quo Vadis?* y aun a la misma *Salambó*, modelo consagrado del género, del cual es considerada *Sónnica* una imitación o reflejo. Y perdóneseme ésta que muchos llamarán una blasfemia o herejía literaria. Reconozco el gran mérito de la magistral creación de Flaubert. Creo que, en realidad, *Sónnica* es a *Salambó* lo que la luna es al sol. Pero sobre gustos no se discute: y a mí, por raro capricho, me seduce más la luna, quizás porque soy noctámbulo o, por mejor decir, ave nocturna...

*¿Cuál de las obras de Ud. es su preferida?*

—La que no he escrito.

*¿Podrá Ud. decirme sí está escribiendo ahora algo?*

Ahora, produzco muy poco. No escribo actualmente sino por compromiso. Triste desheredado de la salud, mis luchas (quizás inútiles) por recobrarla, me ocupan la mitad de la vida, y me preocupan la otra mitad. Con todo, nunca he dejado de practicar el precepto *nulla dies sine linea*; y aunque despacio, estoy dando la última mano a un estudio dramático y además, llevo algo adelantado en una obra, más bien de índole filosófica que artística, y que pienso intitular *Mis convicciones*.